

PARPADEO

CARMEN ROSSA

Desde que tengo uso de la razón convivo con una cualidad única... hago que todo lo que me rodea desaparezca. Con un simple parpadeo logro que el mundo se cubra de luz, silencio y, lo más importante, la sensación de que mi espíritu se traslada a los lugares más perfectos que yo pueda imaginar.

Vivo en el barrio Los pozos, donde si me hubieran dado la opción, nunca se me hubiera ocurrido nacer. No sé quién decide que aparezcamos en tal o cual cuerpo. Creo que mi madre en realidad es mi abuela y mi hermana mayor la que me tuvo en la panza. Nadie me lo dijo, pero lo siento muy dentro mío.

El miércoles apareció el viejo Aníbal diciendo que había conseguido trabajo y que nos iba a sacar de acá. Escuché esa promesa tantas veces que ya me entra por una oreja y me sale por la otra. El jueves vino el Concejal Tardivo, con sus camionetas cargadas de bolsones de mercadería, y nos pidió, como todos los meses, que sonriamos para sacarnos las fotos.

De lunes a viernes voy a comer a la escuela que está detrás de las vías. Marta, la señora que cocina, parece siempre apurada y como con ganas de llorar. Tiene las manos más gigantes, hinchadas y coloradas que vi en mi vida.

Cuando tenemos clases de matemáticas me duermo en el banco, pero me gusta mucho la clase de Lengua. Hay una nota en mi cuaderno que dice "Felicitaciones por tu pasión por la lectura". Me encantan también las historias que nos cuenta la maestra, porque me hacen imaginar lugares con flores y pájaros de colores. El otro día nos leyó el cuento de un Cacique de más de cien años que, con su último aliento, en medio de su selva, murió feliz ignorando que el Dios que dibujaba aquellas perfectas líneas en el cielo se llamaba avión. Yo nunca vi un avión de verdad, pero si estuve cerca de un helicóptero, cuando se llevaron al hospital a uno de los hermanos Quintana, con un tiro que le había agujereado el estómago.

Todas las tardes tengo que volver a la casilla de las malditas gotas frías en invierno y los olores asquerosos en verano. La nuestra está al inicio de la cortada, apoyada a la del vecino, que está a la vez pegada a la de todos los demás. A veces pienso que si una se cae se caerían todas en fila, una sobre la otra.

Decidí que uno de estos días voy a escaparme, aunque aún no sé cómo hacerlo ni donde ir. Tal vez tenga suerte y consiga algún trabajo en el centro. La otra mañana escuché

a mi hermana diciendo que el Chino estaba de cuidacoches, con zona fija, y que alquilaba una pieza para él solo cerca de la terminal.

Son las nueve de la noche y ya tomé el mate cocido. Estoy en el colchón. Me concentro para usar mi poder. Parpadeo... camino por un campo lleno de flores amarillas y un arroyo moja apenas la punta de mis pies descalzos. No se oye nada más que el sonido del agua y una suave brisa me roza las mejillas.

Alguien aprieta mi brazo firmemente. La brisa es ahora un aliento con olor a vino. Mi corazón se acelera. Hace frío. Abro los ojos. Manuel está acostado, en el piso, a mi lado. Tengo miedo como tantas otras veces.

Parpadeo... el cielo es de un celeste penetrante, apenas manchado con un punteo de inofensivas nubes. Un monte de pinos, protectores, me espera allá adelante, pero de pronto el paisaje se desvanece por el estallido de los gritos que vienen de afuera. Son amenazas de muerte mezcladas con los ladridos del perro que tienen atado los de la casilla del fondo de la cortada. Ahora escucho la voz chillona de mi madre insultando como sólo ella sabe hacerlo.

Manuel se incorpora. Tiene el caño en la mano. Veo como se asoma por una de las ventanas y dispara. Parpadeo... todo vuelve a desaparecer.

Siento en mi cara un minúsculo rayo de sol que entra por un agujero, en la chapa, que ayer no estaba. Mi hermana y mi madre están pelando papas. Entonces recuerdo que es sábado y me levanto pensando que hoy podría ser el día.